

La "Espléndida Miseria" de la Presidencia en U. S. A.

La presidencia de los Estados Unidos ha sido llamada, no sin razón, "la tarea más ardua del mundo", "una carga terrible", "devoradora de hombres". Thomas Jefferson la caracterizó como una **espléndida miseria**, aludiendo sin duda a la paga del Primer Mandatario, que hoy día, al menos con sus 100.000 dólares anuales, más una asignación para gastos de 50.000 dólares libre de impuestos, no es como para matar de hambre a ningún Presidente.

Esta carga más que nunca pesada en 1961, y a pesar de todo anhelada, es la que el Presidente más anciano en toda la historia de los Estados Unidos, pasa también al Presidente más joven, por elección, en toda la historia de los Estados Unidos. Ike, "el viejito sonriente" podrá desde el mediodía del próximo 20 de enero dedicarse con más tranquilidad a su juego preferido, el golf, mientras "el batallador Jack" asume sobre sus hombros las graves responsabilidades, que posiblemente turbarán su sueño con más de una pesadilla.

El mundo espera mucho de la juventud, entusiasmo y determinación de John F. Kennedy. Los periódicos y revistas ilustradas han derramado mucha tinta sobre los más variados aspectos de su vida pública y privada.

Los últimos ecos de la campaña electoral se han apagado. Fue la competencia más espectacular y formidable, que dos rivales jóvenes y bien dotados pueden presentar en una democracia organizada.

Los viejos políticos europeos que le pasan y, aun le doblan en años, se preguntan perplejos qué sorpresas les deparará la política de este enigmático Presidente nacido en el siglo XX. Y en los Estados Unidos, la vieja y curtida guardia de ambos partidos no disimula su espanto ante la magnitud de asuntos sin acabar, que han recaído sobre las espaldas de la nueva generación, que representada en Kennedy, va a cruzar el umbral de la Casa Blanca.

Si algún crédito merecen los discursos de la campaña electoral, sospechamos que la principal tarea de Kennedy va a consistir en despertar a los Estados Unidos de América de su complaciente letargo, y lanzarlos por la vía del movimiento y de la acción.

En un artículo escrito por Kennedy en enero de 1960 se puede apreciar su concepción de la Presidencia, como centro vital de acción de todo el aparato gubernamental:

"La cuestión es: ¿qué piden los tiempos —y el pueblo— para los cuatro próximos años en la Casa Blanca? Piden un vigoroso promotor del interés nacional, no un bolsista pasivo de intereses privados en conflicto. Piden un hombre capaz de obrar como comandante en Jefe de la Gran Unión, no meramente un contabilista que cree haber acabado su trabajo cuando los números en el balance están nivelados. Piden que sea el jefe de un partido responsable, que no se remonte tanto por encima de la política que se haga invisible; un hombre que quiera formular y luchar por políticas legislativas, no un espectador casual del proceso legislativo. Hoy día el concepto restringido de la Presidencia no es suficiente".

La ascensión de Kennedy a la Primera Magistratura de la nación rectora del Occidente ha sido meteórica. No ha dejado por eso de sufrir todas aquellas pruebas de fuego y adversidades que liman y realzan la personalidad. Tal vez ningún candidato a la Presidencia Americana ha hallado a sus espaldas tanta tradición en contra. Con su catolicismo ha roto la barrera de la religión; con sus 43 años, la de la juventud; como senador, la barrera de la inexperiencia administrativa, y, por si fuera poco, como dirigente supremo del partido demócrata, representante ordinariamente de las uniones laborales, minorías raciales e inmigrantes, ha roto la barrera de su riqueza personal y la de ser hijo de uno de los grandes millonarios de U.S.A. Dentro de su mismo partido tuvo que luchar titánicamente para vencer la acerba oposición de todos los viejos santones, desde Truman hasta Eleanor Roosevelt, especie de "Reina Madre" del partido demócrata.

La clave del éxito ha estado en su extraordinaria preparación intelectual, capacidad organizativa, carácter independiente, notable acierto en rodearse de colaboradores de pocas apariencias, pero tremenda técnica y eficaz, en su personalidad, mezcla curiosa de frialdad y dignidad, retraimiento y amor propio agudísimo, honestidad a carta cabal y arrojo, pragmatismo y cierta mística especial o magnetismo que sabe irradiar con sus palabras. Las cosas más triviales dichas por Kennedy resultan convincentes. Ni conservador a ultranza, ni liberal de extrema izquierda, logra mantenerse en un equilibrio inteligente, que ni atemoriza a los conservadores, ni asusta a los liberales. Su conservadurismo le viene en la sangre, su liberalismo lo ha adquirido en el estudio y el contacto directo con la realidad.

Kennedy cree firmemente en la acción, es paciente para escuchar, sabe preguntar, y no tiene miedo de decidir con plena y madura responsabilidad. Si los gobernantes extranjeros piensan que van a toparse con un "muchacho inexperto", pueden llevarse una desagradable sorpresa, como le ha ocurrido a Nixon. Uno de sus libros, "Perfiles Valerosos" viene a ser la exaltación de aquellos estadistas americanos que osaron desafiar a la opinión pública por defender los principios en los que basaban sus creencias. Este estado de ánimo se manifiesta sin duda en su discurso de aceptación de la candidatura a la Presidencia por el Partido Demócrata:

"No todos los problemas están resueltos ni todas las batallas ganadas —estamos hoy día al borde de una nueva frontera— la frontera de los años del 60 en adelante— una frontera de oportunidades desconocidas y peligrosas— una frontera de esperanzas incumplidas y amenazas. (...) La Nueva Frontera, de la que hablo no es una serie de promesas —es una serie de desafíos. Sintetiza no lo que pretendo ofrecer al pueblo americano, sino lo que pretendo exigir de él. Apele a su orgullo, no a su billetera —ofrece la promesa de más sacrificio en vez de más seguridad. (...) ¿Estamos deseosos de competir con el sacrificio ruso del presente por el futuro? ¿O debemos sacrificar nuestro futuro para gozar el presente? Esta es la demanda de la Nueva Frontera".

El pueblo americano ha votado en esta ocasión afirmativamente. Aceptó el desafío.

Trataremos de enumerar algunos de los problemas de esta "espléndida miseria", que el pueblo americano donó a Kennedy el pasado ocho de noviembre.

Política Internacional

Más de uno se pregunta cuál será la clave de su política internacional. En opinión del mismo Kennedy la política exterior americana en los últimos siete años se ha distinguido por su total falta de imaginación y sentido nacional. América ha estado a la defensiva.

Chester Bowles, consejero de Kennedy en política internacional durante la campaña electoral, afirmó en su reciente artículo en el semanario "América", que el Gobierno de los Estados Unidos sin interferir en los asuntos de sus vecinos, cercanos o distantes, debería ser capaz de mostrar a la opinión mundial que conoce la diferencia entre un Batista y un Betancourt, entre un Syngman Rhee y un Bourguiba.

El papel de América o su propósito nacional desde los albores de su independencia ha sido, según Kennedy, demostrar al mundo que la organización de la sociedad basada en la libertad humana, no es un absurdo, sino un experimento rico, noble y práctico. El fin de América no es construir mayores bombas ni automóviles más rápidos, sino crear una atmósfera de paz donde la dignidad del hombre y la ascensión de la humanidad hacia el progreso puedan ser garantizadas. Esta paz, requisito indispensable de una política exterior efectiva, no podrá conseguirse sin una poderosa coraza defensiva, que a su vez supone la posesión de instrumentos bélicos capaces de amedrentar a cualquier posible enemigo y de rechazar todo ataque por sorpresa, y de fuerzas convencionales suficientemente flexibles para casos de emergencia en guerras de menor escala. Los Estados Unidos tendrán que superar el vacío balístico que les separa con desventaja de la Unión Soviética. Mientras esta laguna persista, las amenazas de represalia masiva no producirán efecto alguno y la diplomacia habrá perdido su principal "argumento" de persuasión. No se puede negociar efectivamente la paz, si al mismo tiempo no se tiene una gran fuerza que inspire temor y respeto.

Kennedy no desconoce que tan vital como la superación de este desequilibrio en proyectiles, es la nivelación de la siniestra desigualdad económica entre las naciones desarrolladas y las subdesarrolladas, entre los países estables e industriales del norte y los inestables y rurales del sur. Un programa a largo plazo de empréstitos a las regiones subdesarrolladas para el fomento de su producción mediante el capital de un fondo central (Development Loan Fond) pudiera ser un comienzo de solución. Deberían contribuir en esta tarea los países de Europa Occidental enriquecidos gracias a la ayuda del plan Marshall. El capital privado con menos barreras comerciales y algunos alicientes tributarios podría también jugar un importante papel en este terreno. Al mismo tiempo, los países subdesarrollados deberían recibir un programa adecuado de asistencia educativa con formación de instituciones que provean a estas naciones de técnicos, administradores competentes y ciudadanos educados. Por otra parte, sería un error fatal resistir o ignorar la fuerza del innato deseo del hombre por su libertad e independencia expresada en la lucha mundial contra el imperialismo y en el fermento nacionalista que bulle hoy día en las naciones subdesarrolladas. Rusia trataría de explotar este complejo nacionalista con funestas consecuencias.

Lenín dijo en alguna ocasión que el camino a París pasa a través de Calcuta y Pekín. Es sobradamente elocuente el significado de esta expresión del máximo dirigente de la Revolución Rusa. Sería deseable que los Estados Unidos comprendieran que la ayuda americana a los países sub-

desarrollados resulta extremadamente ridícula e insignificante cuando se la considera a la luz de los 45 mil millones de dólares anualmente empleados en gastos de defensa. Tres son especialmente los continentes en ebullición, que deberán centrar particularmente la atención de Kennedy: África, Asia y América Latina.

Los nuevos Estados africanos necesitan ser ayudados en su marcha hacia una mayor estabilidad política y económica. La principal propuesta de Kennedy en este sentido se dirige hacia la formación de un Fondo para el Desarrollo Educativo de África con la participación adicional de capital y expertos europeos.

Los problemas asiáticos son de diversa índole. India, en concepto de Kennedy es el punto clave para la victoria de la democracia y de la libertad en Asia. Todas las naciones asiáticas en rápido movimiento de expansión económica asisten con el mas vivo interés al duelo entre India y China Comunista. Tratan de ver si los métodos democráticos pueden competir con la eficacia totalitaria en la lucha por la adquisición de más altos niveles de vida. Aquí radica la importancia de la India para el mundo libre, y en consecuencia, se deduce la urgencia para la nación hindú de un capital exterior que le permita alcanzar un satisfactorio progreso económico sin necesidad de recurrir a los métodos totalitarios del comunismo.

América Latina constituye una preocupación acuciante en los ideales políticos de Kennedy. Durante su campaña electoral dirigió repetidamente su atención hacia los países del Sur. Cuba fue un ejemplo continuo en sus labios para demostrar el despiste de la política americana y en concreto de la actual Administración. La primera obligación de los Estados Unidos es tratar de entender lo que está sucediendo debajo de sus fronteras. El programa de ayuda exterior para América Latina debe proveer capital y asistencia técnica mediante el Banco Interamericano de Fomento. Los Estados Unidos deben hacer mayor uso de la Organización de Estados Americanos para impedir el avance del comunismo e influencia chino-soviética en este Hemisferio. Urgen programas de intercambio estudiantil y cultural. Opina Kennedy que son tres las causas del fracaso de la política estadounidense en la América Latina: a) negativa de EE.UU. para identificarse con la creciente marea de libertad; b) negativa norteamericana para ayudar a los pueblos latinoamericanos en el logro de sus aspiraciones económicas; y c) falta de preocupación en los problemas del Hemisferio.

Para reconquistar la amistad y confianza latinoamericana, propuso Kennedy en la campaña electoral un programa de doce puntos: 1) Reemplazar la ya superada política de "buena vecindad" por la de "buena asociación" compendiada en la frase "Alianza para el progreso"; 2) Un franco apoyo de Estados Unidos a la democracia en América Latina y el fin del apoyo a todos los dictadores; 3) Ayuda financiera a largo plazo para elevar el nivel de vida de los países latinoamericanos; 4) Esfuerzo substancial de Estados Unidos para facilitar el desarrollo de los precios de los principales productos procedentes de América Latina; 5) Estímulo norteamericano y ayuda a los programas de Reforma Agraria; 6) Acción eficaz de Estados Unidos para estimular las inversiones privadas en América Latina; 7) Desarrollo de los programas de asistencia técnica a los países del hemisferio; 8) Envío a América Latina de diplomáticos capaces y debidamente preparados; 9) Un importante esfuerzo para crear en América Latina un acuerdo sobre el control de armamentos; 10) Trabajo eficaz para reforzar la Organización de Estados Americanos y sus orga-

nismos subsidiarios; 12) Reorganización de los métodos de ejecución de la política de Estados Unidos respecto a América Latina.

Si Estados Unidos hubiera observado hace tiempo estas consignas, no se encontraría ahora con un régimen comunista a 90 millas de las playas de Florida. Estados Unidos ha enviado a Latinoamérica muchos oficiales gubernamentales con incapacidad crónica para comprender las fuerzas revolucionarias que sacuden al continente. No tuvo Kennedy reparo en afirmar que la gran mayoría de los diplomáticos americanos han sido malamente escogidos, malamente equipados, y malamente informados. El nuevo Presidente no va a seguir la práctica tradicional de asignar como embajadores a los grandes contribuyentes de dinero para la campaña electoral. Se ha sabido que durante su campaña rechazó todas las cantidades de dinero que le eran entregadas con esa condición. Es de aplaudir esta actitud tanto más cuanto que el partido demócrata terminó la campaña presidencial con un déficit de dos millones de dólares.

Los países comunistas

Kennedy va a encontrarse con el problema por resolver de las relaciones de Estados Unidos con los países comunistas. El comunismo en menos de 50 años se ha apoderado prácticamente de la mitad de la humanidad. ¿Qué va a ser del Occidente sumergido en un mundo comunista y hostil que posee gran parte de las materias primas? La experiencia ha demostrado que la guerra iría continua, y que las sonrisas y los contactos de diplomacia personal durante los ocho años de administración republicana, no han domesticado al oso soviético. Las negociaciones con la Unión Soviética son difíciles, pero necesarias, al menos para evitarse la mutua destrucción. El ambiente internacional estará saturado de zozobras y temores mientras no se resuelvan los espinosos problemas del desarme, del control de los experimentos nucleares abiertos y subterráneos, de la explotación del espacio con fines pacíficos, de la crisis berlinesa, centro psicológico de vital importancia en la lucha ideológica y práctica por la libertad, de China Roja y tantos otros más.

El espectro de China Roja es amenazador, no sólo para los Estados Unidos sino también para Rusia, que puede perder la supremacía en la causa del comunismo internacional. Se puede vagamente adivinar que en el futuro China Roja va a irradiar una influencia decisiva en los acontecimientos políticos internacionales. Su mismo mal disimulado afán imperialista de expansión, basado en la necesidad biológica de un espacio vital para su creciente población, crea un peligro evidente para la paz mundial. En el Sudeste de Asia, hay muchas naciones tan ricas en arrozales como en petróleo, que despiertan la voracidad de China Roja urgentemente necesitada de ambas cosas. Es de esperar que no atente moverse masivamente sobre esas áreas en la próxima década. Es obvio que Kennedy tendrá que tratar tarde o temprano con la perentoria necesidad de buscar una solución realista al problema del aislamiento y boicot de China Roja, que hasta ahora se ha evitado. Ni el problema de la paz mundial ni el desvanecimiento de la guerra fría lograrán resolverse mientras se sigan aplicando cataplasmas idealistas a esta realidad palpitante y explosiva de la China Comunista. ¿El hecho de no reconocer a China Roja hace acaso desaparecer a sus 650.000.000 de habitantes como por arte de magia? ¿Cómo puede llegarse a un acuerdo de desarme total, aun con la aquiescencia rusa, si 650.000.000

de chinos con la posible posesión de la bomba atómica permanecen al margen de la ley, fuera de la unión de las naciones? ¿Cómo pueden llevarse a la práctica en China los acuerdos de la O.N.U. si el voto de la China nacionalista en el Consejo de Seguridad y en la Asamblea General no representa de hecho al Continente? Allá en el fondo del problema se halla otro más profundo del temor occidental a un derecho de inhibición más en el Consejo de Seguridad que China Roja adquiriría por derecho propio. Pudiera ser esta la ocasión para emprender una reorganización de la Carta de las Naciones y supresión del llamado "veto".

Todo parece indicar que la "luna de miel" presidencial para Jhon F. Kennedy va a ser de muy corta duración.

Crisis económica

Desde los primeros días de su Presidencia va a tener que enfrentarse con la dura realidad de una moderada recesión económica. La industria en su conjunto está operando a menos del 80% de su capacidad, y la del acero a un 50%. La venta de automóviles no es tan próspera como sería de desear. La industria automovilística con muchas unidades almacenadas, se ve forzada a cortar la producción con el lógico corolario de despido obrero y sus consecuencias. Una acción gubernamental parece será necesaria para volver los negocios al camino de la prosperidad. Tal acción estimulante de la recuperación económica podría revivir la inflación. Todo dependerá de las medidas que el nuevo Presidente adopte para la estabilización de los precios.

Entre los conservadores hay un gran recelo de las ideas económicas de Kennedy, al que consideran muy influenciado por uno de sus consejeros económicos, el renombrado profesor de la Universidad de Harward, John K. Galbraith. Se ha hecho famosa la obra de Galbraith titulada **La Sociedad Opulenta**, muy alabada por unos y reprobada por otros.

Su tesis central es que el proceso de la producción genera artificialmente las necesidades que lo sostienen.

Sostiene Galbraith que la fecundidad del capitalismo provoca el desenfreno de la producción. El pueblo americano se ha hecho demasiado rico y opulento para su propio bien privado. Todo el esfuerzo de la humanidad por alimentarse, vestirse, calentarse, satisfacerse, ha sobrepasado ya en los Estados Unidos el límite razonable. El pueblo gana dinero y lo gasta excesivamente en sí mismo (el "sector privado" de la economía), cuando ese exceso debería ser recogido por medio de impuestos y gastado por el gobierno en el llamado "sector público" de la economía: construcción de nuevas ciudades, medios de comunicación, instalaciones sanitarias, etc. Naturalmente muchas críticas se han formulado contra esta teoría. En la necesaria acumulación de autoridad colectiva que supone esta teoría ven muchos una amenaza para la libertad individual. Esta es la clase de "liberalismo" keynesiano que muchos temen a Kennedy.

El desempleo será otro de sus caballos de batalla. Se calcula que el mínimo de desempleados montará a cinco millones y medio cuando Kennedy suba en Enero a la Presidencia. Esto es debido a que la industria se ve forzada a operar más económicamente a causa de la competencia de la industria extranjera apoyada en salarios más bajos, y al uso de la automatización que reduce los costos de trabajo y también el número de obreros.

Pero el gran problema de la Administración de Kennedy y que por algún tiempo va a poner sordina a los planes de expansión de su Nueva frontera, es la aguda crisis del dólar acentuada dramáticamente en los últimos días de la administración republicana. El sufrido dólar de 1961 va a ser el gran regulador de los planes y acción de Kennedy. El dólar comienza a ser un elemento sospechoso en el mundo de las finanzas. Empieza a difuminarse la familiar imagen del tío Sam en pose de rico. Después de 15 años de generosa ayuda exterior desde los tiempos del plan Marshall, Estados Unidos se ha encontrado de repente con la más sorprendente de las paradojas. Estados Unidos e Inglaterra vencedores de la segunda guerra mundial hallan que su moneda es más débil y menos segura que la de los derrotados y destruidos países de Alemania y Japón, con el agravante de que Europa Occidental con 220 millones de habitantes, gran prosperidad y moneda fuerte, espera que Estados Unidos con sus 180 millones de habitantes, grandes problemas y una moneda relativamente endeble, pague la mayor parte de los gastos militares. Si a esto se añade que Castro se ha apoderado impunemente de la propiedad americana en Cuba valorada en mil millones de dólares, el panorama no es nada agradable para los otros 70 mil millones de dólares que E.E.UU. tiene invertidos alrededor del globo, y están temblando ante la posible aparición de nuevos Castros.

El último viaje a Bonn, París y Londres del Secretario del Tesoro en busca de ayuda financiera de los nuevos ricos europeos no ha logrado resolver este problema. Irónicamente ha sido tachado este infructuoso y precipitado viaje de "Operación Manos Vacías" ("Operation Empty Hands"). Anderson exigía del Gobierno alemán 600 millones de dólares para el sostenimiento de las fuerzas americanas en Alemania, relegando a un segundo plano las propuestas alemanas de ayuda económica a países subdesarrollados. Tal viaje no se podía haber hecho en peor momento. Por un lado, en vísperas de las elecciones alemanas del 61, y por otro, en vísperas de la entrada en la Casa Blanca de un nuevo inquilino que, a juicio de los alemanes, puede pensar de diferente manera que su predecesor.

A toda costa se está tratando de buscar una explicación a la crisis del dólar. Algunas cifras desde julio hasta Septiembre del presente año muestran que los dólares huyen de los Estados Unidos más rápidamente de lo que entran formando un déficit anual en la balanza de pagos internacionales de los Estados Unidos por valor de 4.300.000.000 de dólares. La diferencia entre el total de pagos a países extranjeros (por importaciones y otros motivos) excede en demasía el total de ingresos proveniente de países extranjeros (de las exportaciones y otras cosas). En los Estados Unidos sucede el curioso fenómeno de un déficit en la balanza de pagos a pesar de que las exportaciones exceden a las importaciones.

Tal déficit deja a las arcas de los bancos centrales extranjeros con dólares extra, que de este modo aumentan sus depósitos en los Bancos privados de Nueva York o en el Banco de la Reserva Federal en Nueva York. Estos países tienen el derecho de convertir, si quieren, estos dólares en oro. Pueden comprar oro en la tesorería de los Estados Unidos. Este derecho hace que el dólar sea tan sano como el oro. Los bancos extranjeros suelen transformar parte de los dólares ganados en oro. Cuanto mayor es el déficit, más oro huye de los Estados Unidos, y más se amontona en los bancos de los países extranjeros. Los Estados Unidos han perdido muchos millones de oro en

los tres últimos años, y las reservas extranjeras son mayores que el remanente depósito en oro de unos 18 mil millones de dólares. Los países extranjeros, si lo desean pueden reclamar un total superior a 20 mil millones de dólares (1).

De ahí las drásticas medidas del Presidente para evitar esa huida del oro, entre las que han sobresalido la gradual reducción de los dependientes militares en ultramar, y una política mucho más vigorosa de compra de productos americanos impuesta en la ayuda exterior. Por otra parte, el relativo perfeccionamiento de instrumentos balísticos intercontinentales, que ya pueden operar desde submarinos atómicos, y bases dentro del territorio de los Estados Unidos, ya no hacen tan necesarias las bases americanas en el exterior.

Se calcula que para Julio, los Estados Unidos tendrán en operaciones cuatro submarinos atómicos POLARIS con 16 proyectiles cada uno. Varias bases de proyectiles ATLAS ya en operaciones, pueden alcanzar virtualmente cualquier objetivo en Rusia desde los Estados Unidos. Hay además otras muchas bases con otros proyectiles intercontinentales del tipo TITAN, MINUTEMAN, SNARCK, etc.

Este es muy simplificado el problema del dólar, que será el rompecabezas de la nueva administración, que con su Nueva Frontera tantos sueños y proyectos había prohijado durante la larga campaña electoral.

Kennedy previó que América iba a enfrentarse con un período crucial a partir del 1961. Es indudable que esta fuga del oro va a contraer el programa de su Nueva Frontera y sus promesas electorales.

Este problema del oro va a repercutir necesariamente en su política exterior. Las naciones de Europa Occidental tendrán que depender menos de U.S.A. en sus gastos de defensa.

Naciones como Alemania Occidental, Francia, Gran Bretaña y Japón tendrán que aumentar su contribución en el capítulo de ayuda a países subdesarrollados. Los Estados Unidos tratarán de persuadir a los bancos internacionales (como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional), que hagan sus préstamos no en dólares sino en otras monedas. Se intensificará una campaña encaminada a promover la compra de productos americanos en vez de extranjeros, y el empleo de compañías aéreas y marítimas estadounidenses. Se tratará de acrecentar la venta de productos americanos en países extranjeros, para lo cual las firmas americanas tendrán que reducir sus costos de producción para poder competir con los productos de compañías extranjeras, y el Gobierno americano presionará a otros países para que reduzcan sus actuales barreras comerciales en contra de los productos americanos.

Si fallaran estas suaves medidas, otras más fuertes tendrían que tomarse para corregir el déficit en la balanza de pagos.

Un mundo en turbulencia espera a Kennedy. Parodiando a un periódico parisino, podemos decir que el estadista de la era atómica necesita los nervios y el corazón, la vista y la flexibilidad de un piloto de jet.

La historia, sujeto de estudio favorito de Kennedy, le habrá mostrado que los grandes problemas nacionales solamente han sido resueltos por Presidentes inteligentes y enérgicos.

RAFAEL M. BAQUEDANO

(1) U. S. News & World Report. "Can U. S. Head off a crisis of gold?", November 5, 1960, p. 49.